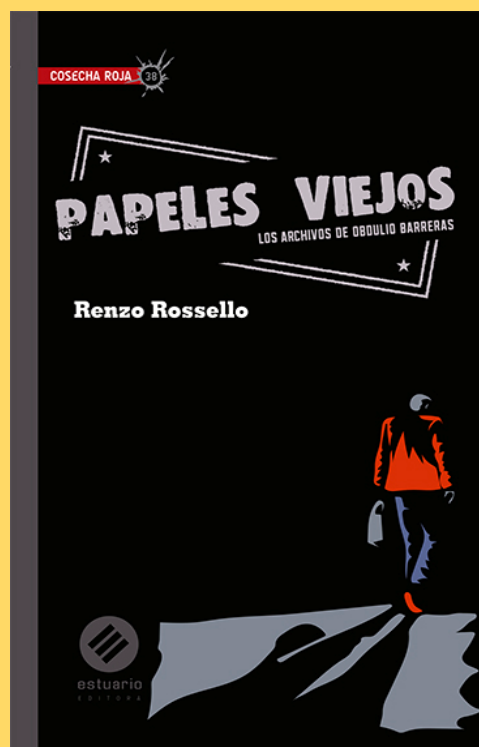


[reseña]

Es difícil decir adiós

Cecilia Ríos



Ya pasó más de un año desde la publicación de *Papeles viejos. Los archivos de Obdulio Barreras*, de Renzo Rosello. Cada vez espero con más ilusión que este no haya sido el último libro de la saga de Obdulio Barreras, como fue anunciado por su autor. No creo ser la única. Es que este personaje, detective montevideano, expolicía, ex preso, con varios años de experiencia y desilusiones, se convirtió en un amigo para los cultores del *noir* local.

En el género policial no es fácil escapar del estereotipo, la comunidad lectora tiene sus caprichos. Si se respeta el trío crimen-investigación-hallazgo (a veces, castigo), se objeta la falta de creatividad, el apego al paradigma; si se va por caminos diferentes, se considera que la historia no da la talla para figurar en los catálogos del género. En Uruguay no es sencillo satisfacer las expectativas de lectores de novelas ambientadas en Estados Unidos y Europa para los que esta ciudad no resulta un escenario adecuado; a la vez, el universo del delito real provoca rechazo y se prefiere la comodidad de los criminales de mentira, como si por acá nada de eso fuera posible.

Renzo Rosello logró dar vida a un investigador privado uruguayo, perfectamente creíble, que trabaja como tal en un país donde los civiles no realizan esa tarea. Con recursos literarios muy bien administrados, confiere rasgos humanos a Obdulio Barreras y un sentido personal de la justicia. Esta, para el investigador, es casi siempre elusiva; persiste la noción de que anida en lo profundo de cada ser, más allá de los avatares de los juicios y las sentencias.

La primera aparición de este personaje fue en la novela breve *Blues del raje*, publicada por Ediciones de Banda Oriental en el año 2008, que se incluye en *Papeles viejos*. Los otros seis relatos del libro se corresponden con momentos no reflejados en las novelas que cuentan cuatro historias en las que Barreras es protagonista: *El simple arte de caer* (2018), *Cien veces muerto* (2019), *El verdugo escondido* (2020) y *Todo por nada* (2022). Son momentos que suceden en los intervalos entre una y otra de esas cuatro historias principales o se refieren a hechos no aclarados en estas.

«La ficción es un espejo roto que vagabundea al costado del camino», dice Rosello, lector erudito del género negro y de la literatura en general; conocedor también, por su oficio previo de

periodista, de la crónica roja nacional. Las ficciones de este admirador de Onetti (vemos a Obdulio leer *Los adioses* en su azotea) no son recreaciones de casos efectivamente ocurridos, sino puros inventos inspirados en vivencias personales, que la imaginación del autor convierte en historias que parecen verdaderas. El autor vivió en carne propia el peligro de encarar una investigación periodística en zonas de Montevideo a las que ya casi nadie, excepto sus pobladores, quiere llegar (Cerro Norte, Marconi, Casavalle). A la vez, siente la necesidad de reflejar en sus textos la difícil vida cotidiana de los habitantes de esos barrios.

A lo largo de sus novelas, hemos acompañado a Barreras en la pesquisa de un abusador de menores, en los acuerdos con un narcotraficante dueño de un barrio, en un falso secuestro, en una desaparición dudosa. Hemos viajado con él en los ómnibus que cruzan Montevideo, bebimos grappa o café en sus bares, y conocimos barrios en los que no estuvimos nunca. Supimos de su historia de amor trunca, de su soledad, de su pobreza y su cansancio en la mitad de la vida. Cuando nos enteramos de que su autor lo abandonará, nos duele como si perdiéramos a un amigo entrañable y leemos este libro con melancolía.

«Ronda nocturna» cuenta una de las primeras decepciones de Obdulio Barreras cuando patrullaba la ciudad nocturna como funcionario policial. Una mujer joven es asesinada, los vecinos no quieren contar nada, un compañero experimentado hace las deducciones correctas y el peso de la autoridad impone sus propios criterios. En «Ratis» hay tiroteos, casas sitiadas, persecuciones nocturnas, captura de ladrones, informantes y delatores; un repertorio de situaciones en las que predomina la acción y, además, hay tiempo para un aprendizaje inesperado. Todo en apenas dieciocho páginas. Los diálogos, en todos los cuentos, están integrados al texto, y por esto no pierden su capacidad de dinamizar la narración.

La escritura de Rosello es de las que parecen simples porque logran conjugar la complejidad de una manera clara y directa, cuidando cada frase para que no diga más ni menos de lo necesario. Nada menos sencillo que lograr esa ilusión de simplicidad: exige dominio sobre la trama y el lenguaje.

«La confesión» es un robo bancario donde Obdulio logra, con una triquiñuela, que el ladrón confiese su culpabilidad, aunque el mérito lo disfrute otro. En «Salón El Sapo», el detective es testigo de un caso de corrupción que involucra a un asesino protegido por un gran contrabandista, que tiene como aliado a un juez. «La habitación 4» cuenta un asesinato en una celda, siguiendo el esquema de la «habitación cerrada» de una manera ingeniosa y con una explicación verosímil. En «Días de visita», también ambientada en la cárcel, tres presos ayudan a un guardia a desenmascarar a una mujer que le mentía amor buscando el provecho propio. Es una variante del viejo tema de la pasión amorosa en la cual la amistad actúa para desenmascarar la mentira, asumiendo la desilusión. «Blues del raje» es una novela breve que se lee con delicia por su tono entre paródico y dramático, donde el protagonista es contratado por un matón perseguido por colegas poderosos y hasta por la propia policía *yanki*. Como en los demás relatos, Obdulio termina esta experiencia con menos entusiasmo y más sabiduría. Todas sus certezas se desmoronan, casi sin darse cuenta, entre tiroteos, mentiras y movidas de los verdaderos jefes.

En todos los relatos, que no pierden jamás el ritmo atrapante, sorprende la habilidad del autor para crear personajes no estereotipados, la precisión de las frases que marcan cada personalidad y dejan atisbar algunas emociones. El hombre grande que abraza la almohada que le regaló su novia, el amigo que prepara el mate para aliviar un golpe físico o emocional, el traidor que usa botas sucias o la mujer enamorada dispuesta a mentir para salvar a su hombre. En un género donde la subjetividad no es lo que más importa, los detalles suministrados con pericia no desentonan, sino que agregan comprensión sin afectar la trama. El universo del libro es masculino, en correspondencia con el mundo policial y carcelario que retrata.

A pesar de lo que afirma Renzo Rosello: «Obdulio no es un héroe ni mucho menos», creemos que Obdulio sí es un héroe: uno desencantado, golpeado, que a veces sigue y a veces se entrega, que resurge de sus caídas por su inteligencia y su fuerza interior. Coincidimos con el autor cuando dice que «no aceptará que se metan con el más chico impunemente», porque en cada uno de sus

actos, paradójicos o coherentes, deja claro ante sus lectores qué tipo de ser humano es. Es, digo, porque sigue entre nosotros, gracias a la literatura.

Renzo Rosello (2024). *Papeles viejos. Los archivos de Obdulio Barreras*. Montevideo: Estuario editora. 152 páginas.